

¿Por que tuviste que ser tú?

Hecho por: María Criado

Nunca sabes cuanto te puede cambiar una persona. Yo no lo sabía hasta que lo conocí. Todavía lo recuerdo, ese chico de pelo castaño, con ojos de color miel y sonrisa contagiosa. Todavía recuerdo el cosquilleo que sentía cuando le veía. Recuerdo dónde empezó todo. No creo que pueda olvidar esa tarde.

Iba a mi lugar favorito, la biblioteca, ese lugar al que fui todos los días de aquel verano. En mi ruta hacia allí, vi un grupo de unas quince personas, en el que alguien me reconoció. Era un compañero de clase, Raúl. Era un chico con el que no solía hablar mucho, pero las veces que lo hacía, se mostraba amable.

Se acercó y me saludó, preguntándome por mi destino, a lo que yo respondí sincera: -A la biblioteca- dije.

Lo siguiente que me comentó me sorprendió y me atrajo hacia el pasado desconocido del chico: -Te voy a acompañar si no te importa, hace tiempo que no voy y me gustaría ver a Pablo- fueron sus palabras. No sabía quien era Pablo pero tampoco pregunté. No me atreví a decirle que sí que me importaba que viniese, que me apetecía estar sola y disfrutar de mi libro nuevo, por lo que le dije que no había problema.

Raúl se despidió de sus amigos y continuó con mi camino, sólo que con Raúl a mi lado. Descubrí que le gustaba leer. Mientras llegábamos a nuestro destino, estuvimos hablando de libros, de nuestros autores preferidos y de recomendaciones. Fue realmente agradable poder hablar de libros con alguien, ya que no conocía a nadie a la que le apasionase la lectura tanto como a mí.

Lo que pareció ser una tarde poco común con un compañero de clase se convirtió en costumbre, en hábito. Desde ese día, todas las tardes Raúl y yo íbamos a la biblioteca. En muy poco tiempo forjamos una amistad preciosa, sincera, pero los dos sabíamos que había algo más, aunque de esto me di cuenta más adelante. Nunca lo admitimos. Quizá fue porque no queríamos que las cosas cambiaran entre nosotros, quizá fue por miedo al éxito. Miedo a perdernos.

¿Alguna vez habéis pensado en que hubiese pasado si no hubieseis dicho algo o hubieseis hecho algo? Yo sí. Tal vez no le hubiese conocido, tal vez no le hubiese amado como lo hice. Supongo que nunca lo sabremos.

De vez en cuando me leía. Yo me acomodaba en la silla y él simplemente leía. Me gustaba el brillo de sus ojos al leer, al hablar. Me gustaban sus ojos bajo el cielo nocturno, como aquel día que fuimos a ver las estrellas.

Era un día en pleno agosto. Ese día iba a haber una lluvia de meteoritos por lo que decidimos ir al campo a verlo. Mientras mirábamos las estrellas y la luna esperando a que cayese algún meteorito, nos miramos. Fue una mirada profunda, una mirada que expresaba sentimientos sin necesidad de palabras, y de repente, allí le vimos, el primer meteorito. Después de aquel vinieron más, hasta que todo el cielo se cubrió con ese manto de luz pasajera. Fue algo muy especial, inolvidable.

Pero le perdí para siempre. Hace 2 años que ocurrió. Tuvo un accidente en moto. Iba con un amigo suyo, pero Raúl se llevó la peor parte. Ni siquiera murió del golpe. Tres horas y cuarenta minutos. Fue el tiempo que estuvo en quirófano. En cuanto me enteré corrí al hospital. La preocupación reinaba en mi corazón.

Estaba despierto cuando le vi, en la camilla. Le abracé. Le abracé con todas mis fuerzas, con todo mi alma.

Me pidió que le leyese, que terminase el libro que leíamos la tarde anterior. Lo hice. Le leí y terminamos la historia. -Gracias- dijo Raúl -Gracias por todo. Mi vida hubiera sido diferente si no te hubiese conocido, has sido de lo mejor de mi vida-. -Tu también Raúl- dije yo -Sin ti, mi vida no tendría color, no tendría sentido-.

Sonrió, pude ver otra vez y la última vez su brillo característico en sus ojos. Y los cerró. Cerró sus ojos para siempre, dando su último adiós al mundo y despidiéndose de su vida. Despidiéndose de sus amigos,

de su familia, y con su última exhalación, la última gota de su alma salió de su cuerpo, dejando este inerte sobre la camilla.

-¿Raúl?- pregunté al ver que había cerrado los ojos. -¿Raúl?- le sacudí un poco para ver si reaccionaba. No se movió. Su pecho no se movía, no estaba respirando.

-No. No, no, no, no. ¡Ayuda! ¡Un médico! ¡Que venga un médico por favor!- grité. Al instante, cuatro médicos entraron en la habitación y vieron el cuerpo inerte de Raúl. Lo intentaron reanimar con el desfibrilador pero no hubo ningún cambio, había muerto. -Fecha y hora de la muerte: 21 de octubre a las doce horas, treinta minutos y cincuenta segundos- dijo un médico -Lo sentimos mucho-. Me fallaron las piernas. Caí de rodillas al suelo mientras las lágrimas brotaban sin cesar de mis ojos. Grité y lloré, dándome cuenta de que no iba a volver a verle.

Fueron unos días muy duros. Fue un funeral muy duro. Desde el funeral, voy todos los días a su tumba y le leo, como me él me leía a mí. No hay día que no piense en él. No hay día que no me arrepienta de no habérselo dicho. No me atreví a hacerlo. No se lo dije. No le dije que le amaba, murió sin saber que le quería.

Que no os pase como a mí. Decirles a vuestros amigos, a vuestra familia que los queréis porque nunca sabréis si puede pasar algo que lo cambie todo. No cometáis el mismo error que cometí yo.